

Páginas Ilustradas

AÑO III

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 77

Director, PRÓSPERO CALDERÓN

DE NOCHE

á José Joaquín Vargas Calvo

Cuando oculta en el mar sus ropajes
El sol,
Y la tarde entre bellos celajes
Se ausenta veloz,
El laúd del silencio en la sombra
Se escucha vibrar,
Y en el aire se mecen las notas
De un canto glacial
Que viene de ignotas
Regiones de paz.

Es la queja que eleva en la noche
El dolor;
Es el hondo, sentido reproche
Que pone en su voz
La miseria que vela y que llora
Con frío y sin pan;
Es la airada protesta que viene
Del núcleo social
Que gime y no tiene
Ni un goce fugaz.

Es el salmo que canta la humana
Aflición,
Al soñar con la hermosa y lejana
Venida del sol;
Es la voz del arcano que anuncia
La aurora triunfal,
Que realice el ensueño profundo
De amor y de paz
Y riegue en el mundo
Su luz fraternal.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

San José, Costa Rica—América Central—14 de enero de 1906



Algunas reflexiones nos ha sugerido la lectura de la nueva obra de Ricardo Fernández Guardia, y una de ellas es si la historia—tal como se escribe entre nosotros—una simple narración—corresponde á los altos fines á que está llamada como educadora de los pueblos. Creemos que no, porque del relato descarnado, de la mera exposición de hechos y documentos, no derivan las altas enseñanzas que fortifican los espíritus y ponen luz en el cerebro y convicción en los corazones. De algo más se necesita: del fondo de filosofía que se encuentra en el encadenamiento mismo de los sucesos que se refieren; del poder descriptivo del narrador, quien, sin apartarse de la verdad, puede muy bien dar la amenidad de un estilo lleno de vida y de color á sus escritos; de la sinceridad en las narraciones, y más que todo, de un gran valor moral para saber poner las cosas en su lugar y dar á cada uno lo que es suyo, sin obedecer más que á los dictados de la conciencia.

Cuanto en materia tan difícil y delicada, como es la de la historia, hase escrito en Centro América, ó se ha señalado por la pasión política ó ha sido un relato soporífero, lleno de fechas y nombres, que nada útil deja en el ánimo del lector. Hay que apuntar que de todos los países de Centro América, es El Salvador el único (fjense bien nuestros paisanos) que no tiene historia escrita, pues Guatemala, sin remontarnos á otros tiempos, ha tenido á Lorenzo Montúfar y á José Milla, y tiene en la actualidad á Agustín Gómez Carrillo; Honduras tiene al Padre Vallejo y á Durón; Nicaragua ha tenido á Tomás Ayón y tiene á José Dolores Gámez, y Costa Rica tuvo á León Fernández y tiene á Manuel María Peralta y á Ricardo Fernández Guardia. Y no es que falten entre nosotros hombres competentes en la materia, sino que los Gobiernos han visto con indiferencia el cultivo de ramo tan importante del saber humano, como es la historia de la tierra donde se nace. Por esto mismo vemos con placer que en Costa Rica, jóvenes notables como Ricardo Fernández Guardia, consagran sus esfuerzos intelectuales á escribir páginas de historia patria, apartándose del modelo antiguo de la rutina y dando á aquellas novedad, sin desvirtuar los hechos, ni desfigurar los personajes.

La parte de historia que comprende el libro de Fernández Guardia, es la muy interesante del descubrimiento y de la conquista de Costa Rica; período en el que se notaban lagunas en varias obras de escritores que con antelación habían tratado el asunto y que nuestro fiamante historiador ha sabido llenar, mediante la consulta de documentos muy curiosos.

Se sabe que los indios chorotegas ó mangues, que ocupaban la península de Nicoya y las islas y márgenes del mismo golfo hasta la punta de la Herradura, procedían de Chiapas (hoy Estado de México), y ocupaban también extensos territorios en Honduras, El Salvador y Nicaragua. Vale la pena dar algunas noticias de esos indios; noticias que entresacamos de la *Introducción* al libro de que venimos hablando.

«Vivían los chorotegas en agrupaciones de alguna importancia, dotadas de templos y mercados. En sólo el pueblo de Nicoya hizo bau-

tizar Gil González Dávila el año 1522 más de seis mil ánimas. Tenían una moneda que consistía en granos de cacao. Eran de buena estatura, esforzados, bien parecidos y de tez más clara que la generalidad de los indios americanos (1).

«Hombres y mujeres tenían por costumbre tatuarse y cada señor marcaba sus súbditos con un signo particular. La divisa de los nicoyanos era un tigre. Se horadaban las orejas y el labio inferior para adornarse con huesos ó botones de oro. Los hombres iban vestidos á la mejicana, con enaguillas y camisas pintadas y sin mangas. Rapábanse la mitad delantera de la cabeza, conservando una coleta por detrás de oreja á oreja; pero los guerreros que habían vencido á un enemigo en singular batalla, gozaban del privilegio de llevar toda la cabeza rasurada, salvo una coronilla de pelo en lo alto que terminaba en una especie de bola. «Lasmujeres de Nicoya son las más hermosas que yo he visto en aquellas partes» escribe Oviedo (2). Por todo vestido usaban éstas un mandilejo de tres palmos, colgado de la cintura, y se peinaban partiéndose el cabello por mitad de la cabeza, con dos trenzas que les caían sobre las orejas.

«En sus fiestas adornábanse los hombres con hermosos plumajes, joyas de oro y lindos collares de conchas y piedrecitas de diversas clases, labradas con mucho arte, de que pueden verse numerosos ejemplares en nuestro Museo Nacional. Sus armas consistían en flechas, lanzas, hachas y cachiporras de piedra, esculpidas éstas con verdadera maestría.

«Como todos los indios de origen mejicano, comían carne humana, que era considerada entre ellas como manjar santo. Adoraban diversos dioses y al sol como á divinidad superior, á semejanza de los peruanos. En la época de las cosechas hacían grandes fiestas con cantos, bailes, borracheras y sacrificios en honor del ídolo correspondiente. Escribían por medio de jeroglíficos en libros de pergamino, con tinta roja y negra, en los que pintaban asimismo planos de sus heredades y mapas. Su lengua era el mangué.

«Sus principales cultivos consistían en maíz, algodón, frijoles, zapotes, nísperos y otras frutas. Los zapotes y los nísperos eran monopolio de los chorotegas, así como el cacao de los nahuas, sirviendo estos productos de base del comercio entre ambos pueblos; pero tan sólo los caciques y señores hacían uso del cacao, que era tenido por bebida exquisita y noble. También cultivaban el tabaco y solían fumarlo.

«Tejían primorosas telas de algodón, tiñéndolas de muchos colores, especialmente con brasil y púrpura de caracol. Eran alfareros consumados, en particular los de la isla de Chira. Oviedo relata que llevó á Santo Domingo algunas muestras de loza «que se podían dar á un príncipe por su lindeza». Pescaban perlas en las islas del golfo de Nicoya y grandes conchas de que hacían palas para sus labranzas y canaletes para las canoas.

«Generalmente los chorotegas se casaban con una sola mujer, pero los señores tenían varias. Las que pasaban por el lecho del príncipe eran

(1)—“Más blancos que loros” (mulatos), dice Oviedo.

(2)—*Historia de las Indias*, libro XLII, cap. XI.

muy solicitadas después, porque esto se consideraba como una gran honra para ellas. Regístrate por leyes sabias, cuyo recuerdo no se había perdido aún á principios del siglo XVIII. Un compañero del famoso corsario Dampier refiere que entre ellos no existía pena alguna para el regicidio ni el parricidio, porque juzgaban que no había ninguno capaz de cometer semejantes crímenes. El ladrón era condenado á servir, en calidad de esclavo, á su víctima, hasta indemnizarla del daño recibido (3)».

Ricardo Fernández Guardia, ya acreditado lo suficiente como escritor de fino espíritu, se nos revela en este nuevo libro como hombre que gusta de tratar asuntos serios y de positiva utilidad; y no podemos menos que aplaudir esta noble inclinación de historiógrafo, sin duda alguna la más hermosa de todas aquellas á que puede aspirar un escritor entre nosotros.

VICENTE ACOSTA

San Salvador.

(La Quincena)

(3)—William Funnell, *Voyage to the South Sea*, etc., págs. 131 y 132

Postal

Para la señorita

VICTORIA PUGA MARTÍNEZ CASADO

Dulce niña,
con tu nombre
mi áureo verso se encariña:
es renombre
la victoria:
á la lucha van por él
tras la gloria
y el laurel
los que anhelan rica historia.
El emblema,
alto lema,
te convierte en soñadora,
que en tu aurora
se acompaña
á tu estirpe triunfadora
toda la gracia de España.

AGUSTÍN LUJÁN

San José, 21 de diciembre de 1905

Los chicos de la aldea han comido temprano—como de costumbre—y ahora les queda por delante toda la tarde para jugar. Los veo reunidos en la plaza pública de la aldea, junto á un pozo cegado que hay en el medio. Ya jugaron mucho á la pelota y están rendidos. El juego los niveló á todos, borró las diferencias entre unos y otros; cariñosa y desinteresadamente los había asociado un rato. Otras tardes jugaron al *foot ball* con entusiasmo.

Tres días antes se entretuvieron poniendo á pelear á los más chicos: entonces fueron feroces: empujaban á un combatiente sobre el otro para irritarlos, los separaban para ver si se habían lastimado las caras con los trompones, discutían á gritos y por fin al derrotado, que lloraba, lo silbaban despiadadamente.

Otras veces ensayaron la puntería con piedras y sobre un blanco de papel puesto en el tronco de un árbol, cuando no se iban con flechas de hule en busca de los pajaritos alegres é inofensivos para perseguirlos y matarlos.

Y ahora qué harán!

Ya ha días no se hablaba de partidos entre ellos. Ah!, los partidos!, de veras!

—Yo soy blanco!, gritó uno.

—Yo tricolor! Y yo! Y yo! Y yo!.....siguieron otros, sacando de los bolsillos retratos, cintas, y botones. Todo estaba muy sucio, por cierto, y se lo pusieron en las pecheras. Al instante, aquellas jóvenes almitas, que poco antes uniera el juego tan alegremente, se separaron por la política. Unos se colocaron á la derecha del pozo, otros á la izquierda; todos se sentaron sobre el pasto que ya empezaba á verdear.

Uno de los niñitos del partido blanco pidió la palabra y se encaramó en el brocal del pozo tapado. Se quitó el sombrero y comenzó un discurso. Su voz gritona, sus gestos exagerados, toda su actitud era francamente ridícula.

Me acerqué á oírlos, porque son muy curiosos estos procederes de los niños.

El orador minúsculo no tenía edad para reflexionar por su cuenta y sólo repetía las mismas frases que escuchara á los propagandistas adultos en los domingos anteriores. Al concluir, como los grandes lo hacían, vivó á su partido y á su candidato. El bando suyo lo acompañó en los vivos.

Después subió á la tribuna libre un niño del partido tricolor, muy mal vestido, descalzo, de camisa. Se quitó el viejo vicuña, se arremangó los pantalones, tosió un poco y comenzó á hablar. Este tomó más en serio que el precedente su actitud de orador público, parecía más entusiasmada por su causa. Daba pena oír cuántas cosas graves y duras salían de aquella boquita joven. El partido blanco lo interrumpió á menudo con vivas, mueras, protestas y rechiflas. Esto enfureció más al orador minúsculo, se puso tembloroso, gesticuló y gritó de tal modo que yo temía que se cayera de la tribuna. Su voz, á última hora, se enronqueció tanto que ya no se le oía.

Sucesivamente hablaron otros de ambos partidos y la división que se marcó entre aquel ramillete de corazones niños fué tan honda, que á

última hora sólo se escuchaba el disparo mutuo de los insultos más atroces.

Las gentes mayores, desde sus casas, miraban impasibles y risueñas aquella escena penosa. Allí gozaban los niños de una gran libertad, nadie los vigilaba como á los grandes.

Uno de los mayorcitos del bando blanco avanzó hacia uno muy insolente del tricolor, lo agarró por el pescuezo y comenzó á puñetearlo por la cabeza y la espalda. El tricolor era más niño y más débil, no se defendió por el momento. En seguida se apartó, con disimulo recogió una piedra y, ciego de ira, la disparó sobre su agresor, se la midió fuerte en el estómago y echó á correr pálido y jadeante. El golpeado sintió terribles dolores, se quejó, con la cara descompuesta, y se echó de bruces sobre el zacate á sobarse el vientre. Todos los compañeros se miraban sorprendidos y en silencio; al instante olvidaron los rencores políticos y atendieron á su amigo lastimado. Después lamentaban lo ocurrido.

Así, borrascosamente, concluyó aquella tarde la reunión de los chicos de la aldea.

Qué contraste con la entretención de la tarde anterior! Entonces sí hubo paz, cariño, todo concluyó bien. Entonces jugaron con las pompitas de jabón. En el mismo brocal del pozo uno se levantó con un carrizo en la boca y una tacita de jabón diluido en la mano. Desde allí comenzó á soplar por el carrizo húmedo y salían unas pompitas de jabón muy graciosas, que les divirtió muchísimo. Salfan grandes y chicas; unas se alzaban á gran altura y en medio de risas y exclamaciones de alegría, las iban siguiendo con los ojos; otras no querían subir y ellos, con los sombreros, movían el aire para que las empujara. Todas reflejaban el iris y muchas venían á romperse en las caritas de los niños que dulcemente miraban para el cielo. Aquello sí fué encantador. Pero ahora.....ahora las cosas habían cambiado!

Cuántos chicos harían lo mismo en otras aldeas del país! Los niños remedan las costumbres que observan en los adultos.

La única educación posible es la del ejemplo y si éste no es bueno, allí van á estrellarse todos los preceptos del moralismo dogmático. Pobres niños! También vosotros permitís que se anide en vuestros pechos la serpiente dañina de la política! Si supierais que su ponzoña se clava muy hondo y lo envenena todo con intensidad. No tenéis la culpa, niños desgraciados! No tenéis la culpa de este mal, flores de bondad. El origen del mal está en el medio, en el hogar inculto de donde sale la emanación de perversidad que poco á poco va corrompiendo vuestras almas niñas. Amigos, no quisiera que los niños en lo sucesivo fueran más víctimas de esa enfermedad infecciosa que se llama la política, y que pasa, como un demonio, por todos los hogares, clavando espinas de encono hasta en los corazones más sencillos. Hay que dulcificar y civilizar esta humanidad nueva á fin de que sea menos cruel y egoísta. Hasta ahora la obra moral de la escuela ha sido nula. Hagamos nosotros esta obra y llenemos este horrible vacío. Es preciso que formemos en las tardes *círculos de niños*, que tengan salones para leer en conjunto ó para divertirse cultamente, de niños que jueguen al aire libre, que cultiven en un campo especial flores y otras plantas; de niños que en las horas de ocio se dediquen á los trabajos manuales, al dibujo, á la música, al arte.

Aquí señalo una tarea honrosa y necesaria que cumplir.

F A L K

Diego Fallon

La muerte del eminentísimo poeta Diego Fallon, el admirable cantor de *La Luna* y *Las Palmas*, ha sido una inmensa pérdida para Colombia literaria, y toda la prensa de ese país ha lamentado, en sentidos artículos necrológicos, la eterna desaparición de poeta de tan altos vuelos y de tan robusta inspiración.

Hombre de vida inmaculada, dice una revista, y de alma esencialmente artista, cumplió su peregrinación esparciendo la fragancia de las más raras virtudes y dando á cada paso delicadas muestras de su sin par ingenio. En él se aunaba la suprema modestia, rayana en timidez, los vastos conocimientos en más de una ciencia, y de su altísima inspiración brotaron joyas musicales, y en poesía acabadas composiciones.

«Huérfano en temprana edad, habiendo recibido en Inglaterra esmerada educación científica y después de perder trágicamente, en alta mar, de regreso de Europa, sus dos únicas, interesantísimas hermanas, conservó vivo su recuerdo, y una como vaga melancolía se mezclaba á su carácter dulce y festivo á la par. Después, al lado de su angelical compañera, su vida corrió tranquila y modesta, entregado todo él á la diaria labor, pero sin asomo de ambición alguna, contentándose con ganar el pan de cada día y constituyendo el fondo de esa vida el cariño de los suyos, el de unos pocos selectos amigos y el culto de todas las horas á lo que entrañaba la belleza, llegando á poseer á fondo la música é ideando un notable é ingenioso sistema de notación. En alguna ocasión, y como por pasatiempo, trazó jugando y como por intuición, una deliciosa imagen de la Virgen, obra maestra en su género, de indiscutible inspiración, demostrando con ello, sin pretenderlo, que su talento artístico era de amplísimo diapasón».

* * *

Una composición inédita del poeta Fallon, de que atrás hácese referencia, ha sido publicada por la *Revista Nueva* de Manizales. Fue tomada del álbum de autógrafos del poeta Alfonso Villegas A. Es un hermoso soneto que ha permanecido inédito y que dice así:

EL ESPEJO

A solas, de su sér en el abismo,
el ánima del hombre ve delante,
un espejo que copia su semblante,
su libertad, su pensamiento mismo.

Allí el alma, en secreto dialoguismo,
se condena ó se absuelve á cada instante,
la voluntad, ya esclava, ya triunfante,
contempla allí su afrenta ó su heroísmo.

De la verdad la austera comitiva,
formada en cuadro, á la invasión resiste
de la osada, fantástica inventiva.

Y allí su egregia potestad reviste
la memoria, que imparte, compasiva,
su propia vida á lo que ya no existe.

La Compañía Martínez Casado

La compañía de drama que lleva este nombre, ilustre en el mundo del Arte que extiende sus dominios luminosos por las Españas y por las Américas, ha abandonado el terruño costarricense después de haber proporcionado una temporada muy agradable á la sociedad josefina y no sin dejar en nuestro ánimo la impresión honda que sólo son capaces de producir los artistas cuando saben expresar *tout naturellement* los sentimientos de que se hacen intérpretes.



Señora Luisa Martínez Casado

La Compañía Martínez Casado cuenta con un grupo de artistas cuyas dotes, á nuestro juicio, corren parejas, sin que, en realidad, sea fácil establecer diferencias notables entre unos y otros, lo que equivale á decir que ella ofrece un conjunto bastante homogéneo en el escenario: esto es ya por sí sólo una base de triunfo para la empresa, pues nada hay que impresione tan desagradablemente como contemplar una figura correcta en un cuadro mediocre, un artista de inspiración y de estudio entre cómicos de la legua.



Señora Celia Adams

Es preciso reconocer, sin embargo, por fuero de justicia, que, en el escogido elenco de esa compañía figura una actriz que podría comparecer sin desdoro en los teatros

de la antigua Grecia, madre risueña y gloriosa del Arte. La señora Martínez Casado es una artista que posee dotes naturales de gran valor; que conoce á maravilla, por estudio y por práctica, los recónditos y potentes recursos del arte escénico; que sabe, con un gesto ó con una palabra, como el cazador hábil con la saeta puntiaguda, herir la fibra del corazón que desea sacudir, para que sienta y, con golpe magnético, responda al grito por ella lanzado.

Páginas Ilustradas, que se ha complacido siempre en hacer justicia,—tal ha sido nuestro intento,—á la compañía en referencia, ha-



Don Manuel Martínez Casado



Señora Pilar Estasen

bría querido publicar los retratos todos de los artistas que forman grupo tan distinguido; pero sólo publicamos, naturalmente, aquellos que hemos podido obtener. La omisión, pues, no sólo no es cosa nuestra, sino que, antes bien, en mucho nos contraría. *Páginas Ilustradas* desea que la Compañía Martínez Casado continúe segando frescos laureles, por donde quiera que pase, con la hoz de oro que en sus manos consagradas puso Talía.

G. DE S.

París al vuelo

La ejecución en Orleans de un asesino ha dado origen á una experiencia no muy conocida del público profano. El asesino murió con una *sangre fría* asombrosa, ó dígase, embotamiento de la sensibilidad. Se vistió tranquilamente, se retorció el bigote y con paso firme se dirigió al cadalso. Se echó al colete un vaso de coñac, brindó por la salud de los presentes, lamentando no poder hacerlo por la propia.

¡Qué pálidos estáis!—Diríase que tenéis miedo,—dijo á los circustantes. La muchedumbre gritaba furiosa:—¡A muerte, á muerte!
El reo fingía no oírla.

Al despuntar del alba, sale de la prisión, camino de la guillotina. Varios soldados que le escoltan se sienten mal. La emoción dió en tierra con ellos.

¡A muerte, á muerte!,—vuelve á aullar la multitud.

Esta vez el condenado la oye y contesta:

—¡Ah, canallas aldeanos! Los ayudantes del verdugo le empujan sobre la báscula.

—¡Adiós vida, adiós vida—gritaba el reo. Se oye un ruido seco. La cuchilla baja. Una cabeza cae arrojando chorros de sangre. *Justice est faite*.

Un médico del hospicio coge la cabeza entre sus manos.—¡Languille, (así se llamaba el criminal), Languille!—le grita. Los párpados se abren y los ojos aún vivos se fijan largamente en los del médico.

—¡Languille!, ¡Languille!,—repite por la segunda vez el médico.

Los párpados se abren de nuevo y los ojos vuelven á clavarse en los del médico. Este renueva el experimento.

—¡Languille!, ¡Languille! Esta vez los párpados no se abren. Se han cerrado para siempre.

El fenómeno, aunque sorprendente, no es nuevo. Recuerdo haber leído que la cabeza de Carlota Corday, sometida al mismo experimento, abrió los ojos una vez.

El ejecutado pasa bruscamente, en plena salud, de la vida á la muerte. El sonido de la voz del médico ha producido en la cabeza un fenómeno *reflejo* sobre los nervios del aparato visual. Los tejidos no han muerto del todo, como sucede cuando se muere poco á poco por enfermedad.

En la *Torre de Neuilly* he visto cinematográficamente la ejecución de Languille, que da la sensación de la realidad. Se le ve salir de la prisión y caer sobre la báscula; se le ve en el momento en que la guillotina le desca-beza.

¡Con qué facilidad destruye el hombre, en un minuto, lo que la naturaleza ha tardado años en construir!

París, 1905.

FRAY CANDIL

EL ROSAL DEL TÍO ABELARDO

I

El primoroso pabellón eleva sus lujosas habitaciones en el extremo del jardín, endonde aparece medio velado por la vegetación que lo envuelve acariciándolo con sus numerosas ramas.

La luna cuele su medrosa luz por entre las corpulentas *damas*, y no aparece el pabellón sino como un manchón gris coronado de picas.

En uno de los costados, cuando el viento sopla y el ramaje se aparta, se ve una ancha ventana de la cual escapa un rayo de luz, que, peleando con la oscuridad, titila entre la enramada.

El perfume es delicioso: la lluvia regó la tierra, reverdeció las plantas y desapareció filtrándose en el suelo: cambió su celeste palacio por una negra habitación en las capas terrestres.

A intervalos se oye, con el zumbón del viento, como una lluvia de guijarros que aporream el suelo: son las gotitas de agua que se quedaron temblando en la extremidad de las hojas, y tiritando, al fin rodaron sobre el menudo zacate.

Una alta verja de hierro formada de lanzas y rosetones de hierro envueltos en torzales de enredaderas cuajadas de azuladas campanillas y otras florecitas, rodea el jardín.

No era aún tan adelantada la hora que tuviese que marcharse en seguida. Pero entre tanto pensaba:

—Si llego temprano, espero; si tarde, espero; y por fin, de tanto esperar, desespero. Mas es tan linda, me quiere tanto, que bien vale el trabajo que uno se toma por ella. ¡Qué aventuras estas más: son mis sueños de romántico!

Un ruido de pasos resonó en la umbría. . . .

No podía ser otro que Abelardo, el tío Abelardo quien desde antaño servía en la casa y que no se echaba en su cama antes de darse una vuelta por el parqu para ver el par de pichoncitos

Con cauteloso paso se acercó al desconocido, que, sentado en un poyo, monologaba á la vez que tenía clavada la vista en la iluminada ventana.

—Don Jorge, es usted?

—Sí, soy yo, que como siempre me paso la vida esperando. Sí, desde que amo espero. Probablemente moriré ya sin esperanza por habérmela gastado toda en el trascurso de mi vida.

—Calle V., calle V., doña Antonia mata el tiempo allí, enfrente, con la niña. Ahora, hablando quedo, ¿por qué se queja tanto? Bien dicen que cuanto más se tiene tanto más se quiere. ¡Ojalá estuviésemos todos tan mimados de la señora Fortuna como su excelencia!

—Puede que sea de la suerte, mas no de la dicha, como dijeron.

—Oh. . . . ! De las dos tiene y le sobra. Sin embargo se queja.

Un mocito de diez y nueve años al que apenas apuntan pelos de barba; con una envidiable fortuna, inteligente y con esa cara.

—Lo que quiera, tío Abelardo. ¿Pero qué sacamos con todo eso si no le ama á uno la chica de sus ensueños?

—Vamos, vamos, que es descontentadizo el señorito. La niña, la niña de sus ensueños está que se muere por él.

—Y no me concede lo que la pido, agregó Jorge masculándose las palabras.

El viejo, sin interrumpirse, siguió:—Sólo la madre.... Pero como V. triunfará de ella también, porque yo lo sé.....

Luego, don Jorge, á V., para llenar su corazón, le cuesta saltar la verja del jardín, que hasta yo y mi perro le queremos. Después, dos minutos, y la señorita con V.

—Sí, conmigo; y V. ¿caso nos deja solos?

—Bah! Pues no había más sino dejarlos á solas. Los dos son muy jóvenes; á los dos quiero bien. Estando en autos, oliscando las cosas..... ¡Escrupulillos de conciencia, porque no vaya á suceder que se echen en brazos del cariño y resulte un lío tamaño, así. En fin, que el amor que camina á pasos de gigante en la llanura, ni qué satisfacción habría de darles, cuando más bien el hombre persigue siempre con ahinco aquello que le hace vaya.

—Oh, desconfía! Tiene razón, pensaba; pero por más listo que andes he de burlar tu vigilancia.

—Y qué se ha de ser! Perro viejo conoce al amo y no desampara la casa.

—Nos dejará solos, hoy, Abelardo; un momento, un segundo?

Su presencia turba nuestras almas.

—Allá lo veremos.

El palique hubiera continuado suplicante, cuando un ligero rose de faldas y un rumor de pasos y de respiración fatigosa, dicen á Jorge: tu amada está allí.

—¡Lástima que no puedan casarse esos chicos! exclamó el viejo á la vez que se disparaba tras el rosal.

Era aquel un rosal al que habían dado tanto mimo que se engalló pronto, muy vestido de follaje, y regaló al jardinero con las más galanas y fragantes rosas de todo el plantío. Haciale de espaldar á un verdoso asiento de piedra labrada, colocado á la orilla de la pedriza.

Sacó el tío Abelardo su enorme pipa, encendióla y sin cuidarse de la húmeda verdina del poético escaño, se sentó en él acariciándose la barba y enfilando ojeadas de lince á través del boscajillo.

.....
—¿Jorge, cómo estás?

—Ya me ves, ansiándote siempre, como que sin tí no es vida la que tengo. Supongo habrás ya rezado con tu mamá y no será ese el pretexto de hoy para que me plantes en medio jardín con la tristeza en el alma.

—Hoy hemos rezado temprano, en la iglesia.

—Y no te ocupaste en avisarme?

—Cómo había de hacerlo, si fué una repentina disposición de mamá....

—Pero no murmures. No te reconvengo, pues.....

¡Cuánto te amo!

—Y yo que hago por tí lo que nunca había imaginado.... ¡Bajar aquí á buscarte al jardín! Verdaderamente no me conozco. ¡Si mamá lo supiese.....! No quiero ni pensarlo, me voy ya.

—Ay, no! No te vayas; apenas si has llegado.

La niña, á tiempo que Jorge la asía por aquella delicada cinturita y la atraía hacia sí, continuó:—Pero mamá se tiene la culpa con sus ridículos. De otro modo ella sería mi amiga; nada se le ocultaría.

—Acércata, bien mío, sentémonos aquí. Dame ahora un beso, uno solo.

—No, no. Y la joven temblando, forcejeaba débilmente.

El viejo se estremeció, y con un gran esfuerzo le salió de la hoya del pecho una tos estentórea. El perro, asustado, gruñó. Jorge soltó la niña y ésta escapó como un pajarillo al que abrieran la puerta de su jaula, luciendo al correr una greca de cabellos resplandecientes á la luz de la luna.

Un momento después cerraban lentamente la ventana que poco antes arrojaba tan viva luz desde el edificio; y se oyó el golpe seco de un cuerpo que caía en la acera, al otro lado de la verja del jardín.

II

La noche oscura, el viento silba meciendo los verdes encajes de la arboleda, y en la pila, adorno del jardín, se oye el monótono glic, gloc, glic, del incesante gotear de la fuente. No se da un paso sin tropezar con algo.

—Pero hoy, ni luz en la ventana. Allá se mueve algo como una culebrita de fuego. . . . El mismo *tío* Abelardo que nunca nos desampara.

—Don Jorge, don Jorge.

—Ola!

—Y qué cálculo tienen los enamorados, mire V. como andan: lo mismo que si se hallasen en terreno propio, llano. Eso sí que se quieren muy bien. Voy á alumbrarle, no suceda se rompa la cabeza en un estorbo de estos.

—Gracias. ¿Saldrá ella temprano hoy?

—Yo no sé pizca de eso. Supongo que sí.

—Abelardo, un favor; déjenos hoy en paz, solitos.

Gruñó el viejo, y cambiando de conversación, requirió su linternilla y miró para todos lados. Tengo encargo, dijo, de la señorita, de poner luz en el jardín. No me dijo para qué. Verdad que necesidad no hay, pues yo bien me lo sé. Ignora que velo sus amorfos como

El guardián de la honra de la familia fué interrumpido por su compañero.

—Han abierto la puerta; desde aquí se ve la claridad: ¡es ella, ahí viene!

—Me voy, pues, señor. Y diciendo y haciendo se retiró Abelardo á su rosal, como de costumbre. Se colocó de manera que podía bañar con los rayos de su sorda linternilla, á la feliz pareja. No encendió como otras veces su pipa. Y renegando del negro pabellón que envolvía á Natura, se puso como gato en acecho; no para oír, mas para ver.

—Jorge, estas venidas, oh! estas venidas! Tú no sabes qué me cuestan. El mejor día nos pillan y ¡Adiós!

—No te aflijas, ya brillará mejor día para nuestro amor.

—Pero verdad que me amas mucho?

—Muchísimo.

Tomóla Jorge por las miniaturas de mano y acariciaba entre las suyas aquella piel tan suave, temblando. Luégo,

—Dame un beso, la dijo, en pago de lo mucho que sufro siempre que no te veo.

—No me pidas lo que aun no puedo darte.

—Que no puedes! Bien sé yo lo contrario. Sólo que no me ames?

— Bah! Lo dices porque bien convencido estás de que te adoro.



San José.—Avenida Central.—Las nuevas casas de doña Julia A. de Núñez.—Construidas por el Arquitecto señor Tenca.

Postal

A.....

Es la efige

A veces, su alma florece como una primavera. Es apasionada y gentil; tiene fulgores de astro en sus ojos negros y en todo su sér retoza la vida con una inmensa embriaguez de dicha y de felicidad.

Deja tras sí una estela de sueños blancos, olorosos á rosas y á jazmines y acariciados por la luz de la luna, en una noche tibia de verano.

* * *

A ratos, su sangre juvenil bulle, y con los atavismos de su país guerrero y revolucionario, se torna indómita, cruel y bravía. Impetuosa como es, no conoce entonces la piedad, y goza en hacer sufrir á los pobres desheredados de su amor ó de su cariño. Desprecia y odia, como ama ó ríe.

Es el Enigma!

JAJALJIT

Enero de 1906

Ayes sin eco!

Para Páginas Ilustradas

I

—¿Oyes?—Sí: un volcán que ruge y truena
—En su caverna de fuego y de granito:
—Es mi corazón que á cada pena
Se revuelca en su cárcel y da un grito!

II

—¿Qué veis?—Sobre el espacio puro
—La parda nube dilatarse umbría:
—Es el dolor inexorable y duro
—Ay! enlutando la conciencia mía!

III

—¿Sientes?—La brisa que arrulló la palma
—Con su eterna cadencia de proscrita:
—Ese es el canto del dolor de mi alma
—Desesperada en su pasión maldita!

M. SOLERA VÍQUEZ

EL GATO

I

Hay en su piel la suavidad del raso,
y en sus pupilas, de atracciones hondas,
esa fosforescencia de las ondas
cuando las hiere el sol desde el ocaso.

Ondulación de mar hay en su paso,
lleno de dejadeces; gusta en rondas,
por las noches, errar bajo las blondas
miradas de los astros—al acaso.

Busca mullidos muebles do, despierto
las horas pasa en actitud de esfinge
con el ojo de fósforo entreabierto,

Cual si evocase historias del pasado,
ó sumido en un éxtasis; y finge
en su quietud, un ídolo sagrado.

II

Tienen: su salto, fuerza prodigiosa;
sus ojos, sugerencias de hechicero;
y sus garras el temple del acero;
y sus labios, las granas de la rosa.

Coqueterías de mujer hermosa
hay en sus actitudes; el primero
es en la pulcritud; cifra su esmero
en la limpieza de su piel lustrosa.

Por los viejos divanes travesea;
se desliza en las sombras ágilmente;
hay belleza salvaje en sus enojos.

Y en la cumbre de alguna chimenea
finge en la oscuridad trasgo silente
que tuviere dos ascuas por dos ojos.

Rubén Mogollón Carrizosa

nosotros en forma alguna el triunfo de nuestros paisanos sobre sus contendientes los sobrios y fornidos sajones, porque en esa clase de batallas, las únicas dignas de la civilización, no aspiran los contendientes á satisfacer el amor propio nacional, con humillación para sus contrarios, sino á promover, en competencias fraternales, el cultivo de la fuerza y de la agilidad, como medio agradable y seguro de mejorar la raza y de adquirir salud. Los costarricenses, por lo tanto, debemos agradecer á los sajones, nuestros honorables y excelentes amigos, el que, con su participación amable y simpática en esos torneos civilizadores, contribuyan á despertar en nosotros un sentimiento de emulación bastante fuerte para inducirnos á seguir y adoptar las costumbres sanas y varoniles que han dado bríos y salud á su raza noble y pujante. Como los romanos con respecto á los griegos de la antigüedad, estos últimos, que eran los vencidos, imponían siempre su hermosa civilización á los vencedores, así los alemanes, vencidos por nosotros en una batalla de broma, se sonríen con bondad ante nuestro pírrico triunfo y nos devuelven en cultura la derrota de mentirijillas que sobre ellos logramos obtener. La copa Bennet será entregada el domingo próximo por la señorita María Aragón, acto que revestirá todos los caracteres y detalles de una fiesta, de que pondremos al tanto á nuestras amables lectoras. Para cerrar dignamente estas líneas, *Páginas Ilustradas* publica á continuación los nombres de los caballeros que tomaron parte en el *match*:

PARTIDO ALEMÁN

Capitán, Bobertz. Señores Mauritz, Kriebel, Lorenheld, Ey, Sattig y Steinvorth.

PARTIDO COSTARRICENSE

Vencedor

Capitán, Ernesto Rodríguez. Señores Rodríguez, (Julio y Luis Carlos), Cruz Meza, Lara, Briceño, Baudrit y Castro.

* * *

Debemos en conciencia una palabra de elogio, que, en todo caso, será expresión

de justicia, al digno Director de Correos señor don Alfredo Esquivel. Es este un servicio tan bien organizado entre nosotros como en cualquier país europeo, y á ese fin, el Gobierno de la República no ha omitido ni omite gasto de ninguna clase, como que no ignora toda la importancia y todo el valor que tiene para el Comercio y, por ende, para los intereses nacionales sujetos por su propia naturaleza á continuo vaivén, el despacho puntual de las cartas que entran y salen. Pero la largueza del Gobierno con esa oficina no sería por sí sola bastante para obtener resultado satisfactorio: es también indispensable que el Correo tenga á su frente un director entendido y enérgico, que despliegue una actividad sin límites, pero metódica, en el ejercicio de sus arduas funciones, y, lo que es más difícil aún, que sepa transmitir su celo diligente á los empleados de ese departamento. Pues bien, el Correo tiene hoy en el señor Esquivel un Director que reúne todas esas cualidades preciosas; dígalo, si no, el público, personaje exigente, quisquilloso y descontentadizo, que no sabe disimular su disgusto cuando le sirven mal, pero que tampoco oculta su satisfacción de imperátor cuando, como el señor Esquivel, le sirven cumplidamente. El actual Director de Correos, todo eso aparte, merece también un aplauso por haber dado al edificio que sus oficinas ocupan un aspecto flamante y que, por consiguiente, guarda relación con la importancia del servicio que presta. Ciertamente, convenía adecentar el edificio que mayor número de visitantes recibe todos los días y que es como un espejo de nuestra cultura.

* * *

El inspirado poeta don Domingo Monge se ha aburrido de vivir á lo anacoreta en los apacibles cármenes del Ocloro y ha tenido la fortuna de dar con una niña bella y virtuosa que ha consentido en hacerle compañía bajo los santos auspicios del matrimonio. Adela Fallas es el nombre de la graciosa señorita que hará de hoy más la ventura del poeta, nuestro colaborador y amigo. El matrimonio se verificó el 10 en la Iglesia del Carmen. Los redactores de *Páginas Ilustradas* felicitamos al noble poeta por haber dado con la musa de sus sueños juveniles y ha-

ce mos votos por que la felicidad sonría siempre, como un antiguo penate, á la puerta florida de su hogar.

* *

Ha llegado al país, en donde otras veces ha permanecido largos días, con plena satisfacción de esta sociedad, que aprecia en sumo grado sus cualidades caballerosas, el distinguido diplomático señor don Carlos Vergara Clark. Encargado de Negocios de Chile ante los Gobiernos de Centro América. Acompaña su señora esposa, que es una estrella bizarramente arrancada por el Sr. Vergara Clark del azul firmamento costarricense. Saludamos con rendimiento al distinguido matrimonio.

* *

Los viajeros costarricenses regresan al terruño que á todos nos fascina y atrae con su panorama eternamente primaveral; ya están entre nosotros, después de corto viaje por el extranjero, el Sr. don Adrián Collado, su respetable esposa y sus simpáticas hijas. Dígnense recibir nuestro atento saludo.

* *

Es cosa probada que los costarricenses no nos hacemos á la vida de extranjería; dígalo, si no, nuestro buen amigo el señor don Víctor Carranza, que, después de correr la ceca y la meca, vuelve ahora, como el hijo pródigo, al seno de la madre cariñosa, Costa Rica, que lo recibe con los brazos abiertos. Saludamos al viejo amigo y deseamos que las raíces del cariño lo sujeten esta vez al suelo de la patria.

G. DE S.

VARIEDADES

Vuelta de la musa

Desde que se murió mi madre me dió espaldas la Fortuna, y me dejó en desamparo la musa de la ternura.

Mas ya cesan mis dolores; que allá en las pupilas tuyas veo asomarse de nuevo mi querida, tierna musa.

J. A. SOLÓRZANO

Cantar

El amor del hombre pobre es como el del gallo enano que en correr y no alcanzar se le pasa todo el año.

"Biblioteca Patria" de obras premiadas

MADRID

Publica novelas, cuentos, etc., premiados en concursos públicos y obras fuera de concurso debidas á los más distinguidos literatos españoles.

La mejor recomendación de esta "Biblioteca" es, decir que ha merecido alabanzas de literatos como los señores Pereda, Menéndez Pelayo, Palacio Valdés, Balart, Sánchez Moguel, Silvela, etc.

Los tomos que publican contienen preciosos grabados de los artistas españoles de más nombradía y cubiertas tiradas á seis colores con el retrato del autor de cada obra.

PATRONATO PRINCIPAL

- Excmo. Sr. Marqués de Comillas.
- „ „ Conde de Bernar.
- „ „ Conde de Canilleros.
- Ilmo. „ Barón de Vilagayá.
- Excmo. „ D. Joaquín Sánchez de Toca,

OBRAS PUBLICADAS

- LA GOLONDRINA, (novela) por *Menéndez Pelayo*.
- LA TONTA, (id.) por *Solano Polanco*.
- EPISTOLARIO, (id.) por *Santander y Ruiz-Giménez*.
- ALMAS DE ACERO (id.) por *Rogelio Sánchez*
- LA HIJA DEL USURERO, (id.) por *Maestre*
- LA CADENA, (id.) por *Amor Meilán*.
- ENGRACIA, (tradición hispano-romana) *Pamplona Escudero*.
- COLECCIÓN DE CUENTOS premiados, de los señores *Menéndez Pelayo, Lafuente, Solano Polanco, Teodoro Baró y S. Truyol y Plana*. Pidanse en todas las librerías de la República.